



Josefina López Gómez - “Cantar de Mío Cid”

«El Cid huele», me dijo la librera del Centro Asociado de Baleares el primer año que me matriculé en la UNED. Ya era bastante denso el nombre de la carrera, Grado en Lengua y Literatura Españolas, como para añadirle características peculiares al material de lectura. La librera se acercó El cantar de Mio Cid a la cara y lo olió antes de entregármelo.

Cuando llegué a casa, yo también olí el libro, pero no le noté nada especial. De lo que sí me percaté durante las semanas de estudio fue de que tenía una sonoridad distinta. Me explico: cuando dejaba El Cid sobre de la mesa o en la balda de la estantería, escuchaba un roce, como si se deslizara. No importaba con cuánta brusquedad tratara al libro, el sonido siempre era suave, amortiguado. Con el paso de los cuatrimestres, me acostumbré a que El Cid me susurrara desde la balda. A veces, lo abría al azar y me maravillaba de las ç y las ss, intentado imaginar cómo habían sonado en el siglo XI. Otras, ya en el último curso y agobiada por los exámenes, me releía el pasaje en el que el Campeador, por la bravuconería de Pero Vermuoz, gritaba «¡Valelde, por caridad!», y me parecía que el grito era, en realidad, para mí.

En la cola para el examen de defensa del Trabajo de Fin de Grado coincidí con una alumna de primero que cargaba con su copia de El cantar. «El Cid suena», le solté, y no sé cuál de las dos se quedó más sorprendida. Por suerte, abrieron las puertas del salón de actos y entré a examinarme. Todavía me pregunto qué cualidad habrá percibido ella, y si el susurro de El Cid dejará de llamarme, en algún momento, desde la estantería.